

Jennifer Roy

Estrella amarilla



Traducción de Carlos Lagarriga

 ediciones
ÁMBAR

Título de la edición original: *Yellow Star*

Primera edición en esta colección: marzo, 2009

© Jennifer Roy, 2006

© de la traducción, Carlos Lagarriga, 2009

© de la presente edición, 2009, Ediciones Ámbar, S.L.

Rambla Can Mora, 18, local 2, 08172 – Sant Cugat del Vallés (Barcelona)

<http://www.ediambar.es>

Printed in Spain

ISBN: 978-84-936784-2-5

Depósito legal: B-4795-2009

Impreso y encuadernado en PRINTER

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Para mi madre, Robin Rozines



Agradecimientos

Quiero dar especialmente las gracias a mi hermana gemela, Julia DeVillers (una autora increíble), y a mi hermana Amy Rozines. Gracias también a mi editora, Margery Cuyler, y a Michelle Bisson.

Este libro no existiría de no ser por Sylvia Perlmutter Rozines y su valiente testimonio. Esta obra quiere honrar también la memoria de Samuel Rozines, David Rozines, Rachel Rozines e Isaac y Dora Perlmutter.

Muchas gracias también a Gregory Rozines, Harriet Diller, Gwen Rudnick, Gail Aldous, Karen Hesse, Jane Yolen, Sharon Aibel y a Quinn y Jack DeVillers.

Finalmente, quiero expresar mi más profunda gratitud a mi marido, Gregory, y a mi hijo, Adam, por darme tanta felicidad.



Prólogo

«En 1939 los alemanes invadieron la ciudad de Lodz, Polonia. Obligaron a todos los judíos a vivir en una pequeña parte de la ciudad a la que llamaron «*gueto*». La rodearon con alambradas y colocaron soldados nazis para impedir que nadie saliera de allí. En el gueto de Lodz había doscientas setenta mil personas.

»En 1945 la guerra terminó. Los alemanes se rindieron y el gueto fue liberado. Del poco más del cuarto de millón de personas allí confinadas, únicamente ochocientas lograron salir con vida. Entre los supervivientes había solo doce niños.

»Yo era uno de ellos.»

(Extracto de la entrevista con Sylvia Perlmutter, marzo de 2003.)



Introducción

He aquí la verdadera historia de Syvia, ahora llamada Sylvia, Perlmutter. Al empezar la segunda guerra mundial tenía cuatro años y medio. Cuando terminó ya tenía diez.

Después de la guerra y durante más de cincuenta años, Syvia, al igual que otros muchos supervivientes del Holocausto, prefirió no contar a nadie sus experiencias.

Pero a medida que se hacía mayor parecía más próximo el momento de empezar a recordar, de empezar a compartir. Los recuerdos acudían a ella en sueños y durante el día los detalles de esos recuerdos se volvían más nítidos. La historia de Syvia estaba saliendo a la superficie, pidiendo ser contada por fin.

Y me la contó a mí, su sobrina.

Era la primera vez que escuchaba el testimonio de un superviviente de principio a fin.

Cuando supe que mi tía, ahora llamada Sylvia, fue uno de los doce niños que sobrevivieron en el gueto

de Lozd me quedé de piedra. ¿Cómo era posible que nadie supiera nada de esto?

Pedí a mi tía que me contara algo y le pregunté si no le importaba que lo grabara todo. Y accedió. Y así fue cómo Sylvia empezó a hablar; lo hacíamos por teléfono, ella desde su piso en Maryland y yo desde mi casa en Nueva York. Cuanto más hablaba, más recordaba, y eso me dio mucho que pensar.

Yo ya había publicado varios libros y enseguida me pregunté si iba a ser capaz de contar su historia. ¿Realmente era yo la persona idónea para escribirla? Siempre he sentido temor hacia cualquier cosa relacionada con el Holocausto. Como judía, ya de niña crecí muy consciente del tema, sobre todo porque en el colegio Hebreo todos los años nos pasaban películas sobre las atrocidades del Holocausto. Recordaba las montañas de zapatos de niños muertos, las fosas comunes llenas de huesos y a los supervivientes esqueléticos en el momento de ser liberados. Pero mis profesores jamás nos explicaron todo esto dentro de un contexto histórico de manera que pudiéramos comprenderlo. Nadie parecía dispuesto a profundizar o a debatir sobre el asunto. Solo teníamos las imágenes de uno de los peores periodos de la historia moderna: el asesinato de seis millones de judíos.

Como judía y estadounidense, crecí sabiendo que a veces el mundo no era un lugar muy seguro y que la gente siempre podía volverse en tu contra, incluso en el seno de una sociedad civilizada. El Holocausto era, pues, algo enorme, inimaginable. Algo terrorífico y traumá-

tico. Pero también era algo de lo que nadie hablaba. Basta con empezar a hacerle preguntas a cualquier superviviente del Holocausto para darse cuenta de que él o ella enseguida quiere cambiar de tema. En todos los años que viví con mi familia en las afueras de Nueva York me di cuenta de que se hablaba de todo, menos de la guerra. El lema de los supervivientes era «¡Nunca lo olvidéis!», pero nunca decían qué era lo que había que recordar. Ni siquiera mi padre.

Mi padre, Sam, también sufrió las consecuencias del Holocausto. Junto con su madre, su hermana y tres hermanos varones más se salvaron por muy poco de ser enviados a un campo de concentración en Polonia. Mi abuelo, el padre de mi padre, fue separado de su familia y asesinado en las matanzas de la Selva Negra en Alemania. Los que quedaron vivos huyeron a un campo de refugiados en Siberia. Mi padre pasó su infancia en ese campo, luchando por sobrevivir hasta que terminara la guerra. Pero casi nunca quiso hablar de esto y su historia se perdió para siempre.

Mi tía Sylvia era la mujer del hermano de mi padre. Constituía todo un honor poder escucharla y ser la depositaria de sus recuerdos. Juré hacer justicia a su testimonio.

Y entonces... Bueno, me vi metida en un buen lío. Primero intenté escribir la historia tal cual, como un testimonio puro y duro. Resultó demasiado frío. Entonces decidí reescribirla como una narración en tercera persona. Tampoco eso funcionó. Frustrada, volví a las cintas grabadas y escuché de nuevo la voz armo-

niosa y con acento europeo de mi tía. De repente, sentí cómo acudían a mí las voces de todos mis familiares judíos. Hablaban en un inglés estadounidense mezclado con *yídish* y polaco, y me llegaba con fuerza y ansiedad. Eran las voces de mi abuela, de mis tíos, de mi padre. Todos ya muertos. Y entonces supe enseguida que tenía que escribir la historia de mi tía en primera persona, como si fuese ella misma quien la estuviese contando.

Este libro está escrito para todos mis familiares, para mi abuela, Rachel, que pudo salir de Siberia después de la guerra. Tuvo que repartir a sus hijos: envió al mayor a la nueva patria judía, Israel, y a los tres restantes a Estados Unidos, estableciéndose por fin en Nueva York. El pequeño de la familia era Sam, mi padre. Luego venía Nathan, y después David, que se enamoró de Sylvia Perlmutter, con quien acabó casándose. He aquí, pues, a mi tía Sylvia, que de joven se llamaba Syvia, uno de los doce niños supervivientes del gueto de Lodz. Cuando mi tía me contaba sus años de infancia, me miraba con ojos de niña. Consiguió que yo sintiera sus experiencias como algo real, inmediato y urgente. Desde la evocación que pueda caber en las palabras de una superviviente, esta es la historia de Syvia.